



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO I.—ÉPOCA 2.ª

29 DE ENERO DE 1871.

NUM. 16.

EL MOVIMIENTO ELECTORAL.

—
Estamos ya en un período de agitación legal.

Las elecciones se aproximan.

Los partidos se aprestan á la lucha.

Y nunca mejor que en las presentes circunstancias deben dibujarse más fielmente los propósitos y las esperanzas del país.

Ya lo hemos dicho: no somos de los que en el sufragio encuentran la fórmula salvadora de la sociedad; no somos de los que creen que el sufragio es el remedio de los grandes males que afligen á los pueblos modernos. Antes al contrario, cuando el delirio político exalta los corazones, cuando la pasión encona los ánimos, y cuando las ambiciones menguadas son el estímulo más ardiente de la vida política, es cuando el sufragio sirve de arma peligrosa á los partidos y cuando el abuso del sufragio puede comprometer altísimos intereses.

Pero, sin embargo, el sufragio es el medio legal que tenemos á la mano para exteriorizar nuestras ideas y para hacer prevalecer nuestras opiniones, y renunciar al sufragio es cometer un crimen de lesa patriotismo en los mo-

mentos más críticos y angustiosos para la patria.

Sirvámonos, pues, del sufragio; pero usémoslo prudentemente. Usémoslo para elegir mandatarios dignos, que al interpretar genuinamente nuestras nobles aspiraciones, solo piensen en el bien y en la redención del país; para elegir hombres de antecedentes honrados y de conducta inmaculada; hombres, en fin, cuyo solo nombre sea una garantía de sinceridad política.

Más de una vez hemos asentado que la sinceridad política no es una garantía sólida de buen gobierno, porque sinceridad no significa acierto; y por otra parte, no hay error más peligroso que el de la sinceridad, porque la sinceridad es atrevida y franca y se compromete en aventuradas y arriesgadas empresas. Mas no obstante, en la designación de mandatarios políticos, en la elección de legisladores importa grandemente la cualidad de la honradez, porque el buen instinto de los corazones generosos salva en instantes supremos la causa de la sociedad.

Y aplicando el criterio de la sinceridad á la crisis presente que atraviesa nuestra patria, la crisis de la Ha-

cienda, la crisis de la moral pública y privada, la crisis de la pulverización de los partidos, es indudable que el criterio de la sinceridad podrá ser el criterio de la inspiración y el criterio del buen sentido, de ese buen sentido que tan oportunamente llamó Guizot génio de la razón.

En nuestro último artículo levantamos una bandera electoral, una bandera que se enarbola en países cultos, pero que no disfrutan, como ya no disfrutamos en España, el beneficio de la unidad católica. Esa bandera es la del catolicismo.

¿Para nadie que de católico se precie, y que se precie sin alarde ni ostentación, que se precie como del mayor de los bienes del alma, es un misterio la influencia que la moral verdadera ejerce en el gobierno de los pueblos. Y si esto es cierto, ¿será posible que los católicos españoles, que son, no ya la inmensa mayoría, sino todos los españoles, con escepciones levísimas, prescindamos de nuestro criterio católico y de nuestros deberes católicos en la próxima campaña electoral?

Somos tan amantes de la verdad, que por nada ni por nadie trataremos de oscurecerla ó disiparla. Por eso



110 397

MAUCERA

no negaremos que las ideas políticas están extraviadas, no negaremos que los errores de la filosofía materialista han bastardeado las conciencias, no negaremos que, desgraciadamente, el criterio de la muchedumbre, más que criterio ilustrado es criterio instintivo, y que es preciso deslindar los campos y definir las posiciones.

En las Cortes Constituyentes que acaban de espirar se han visto los variados matices de nuestras escuelas políticas; pero se han visto también los contornos de las escuelas sociales.

Si la cuestión de forma podemos examinarla con tranquilidad y sosiego, la cuestión de esencia no podemos mirarla sin un interés vehemente, porque si la forma no afecta á la esencia, la esencia es la naturaleza de las cosas, y la naturaleza de las cosas es una ley inflexible ante la cual se estrellan todos los ardides de los hombres. Por eso, pues, procuraremos distinguir claramente en las cuestiones filosóficas las que se refieren á la esencia de la justicia y las que se refieren á los accidentes de la forma.

Tolerantes en todo cuanto sea discutir sobre formas, no podemos jamás discutir la evidencia. Y evidentes son para nosotros los grandes fundamentos sobre que descansa el poder social.

Ahora bien: ¿no es indudable que, en definitiva, solo dos grandes principios se agitan y controvierten en la tribuna y en la prensa? ¿No es indudable que la libertad no se toma por muchos como el ejercicio de los derechos legítimos, sino como una licencia desenfrenada y funesta? ¿No es indudable que en la realidad solo luchan el catolicismo con sus afirmaciones fecundas, y el racionalismo con sus terribles negaciones?

Pues si esto es cierto para todos, nadie desconoce su deber en la próxima campaña electoral. En las urnas está el resorte que puede devolver á España su grandeza moral; en las urnas está el medio de restaurar tanto bien perdido; en las urnas es donde podremos formalizar nuestros propósitos, y de las urnas pueden salir los mandatarios del pueblo.

Nada de excusas ni de paliativos. Nada de pueriles temores. Que cada uno cumpla con su deber de un modo serio y levantado, y el triunfo del

principio católico es seguro. Y con el triunfo del catolicismo en los comicios, vendrá el triunfo del catolicismo en las leyes, vendrá el triunfo del catolicismo en el gobierno, vendrá el triunfo del catolicismo en todas las esferas sociales y políticas.

Nada de aprensiones ni de pretextos. Todos á las urnas, ya que á las urnas nos llama la ley.

El que tiene á la mano un medio de hacer prevalecer su opinión no debe despreciarlo nunca. Ciertamente, muy cierto que en ocasiones dadas se cohibe la libertad del elector; pero todo hace creer que las próximas elecciones serán libres, libérrimas, porque la fuerza del cuerpo electoral en las actuales circunstancias es irresistible, y no habrá poder alguno que pueda combatirla.

Nada de jactancias ni de provocaciones; dignidad y firmeza, porque con dignidad y firmeza es como el hombre cumple sus grandes deberes.

JUAN CANCIO MENA.

EL CASTILLO REAL DE OLITE.

Ofrecimos en el número anterior reproducir algunos párrafos de la notable *Memoria* que á describir este precioso monumento ha consagrado el Sr. D. Juan Iturralde, y cumplimos nuestra promesa insertando el final de tan interesante escrito.

«El palacio real de Olite, dice el señor Iturralde, sufrió un incendio á fines del siglo pasado: en 1794 la Cámara de Comptos dió un informe acerca de la responsabilidad de que solicitaba libertarse D. Joaquín de Ezpeleta, alcaide del palacio, por el incendio que resultó de haber acuartelado tropas en él.

Durante la guerra de la independencia, el general Mina incendió también el célebre edificio para impedir que lo utilizaran los franceses, y más tarde las cubiertas de plomo de sus torreoncillos y garitones se fundieron para hacer balas (1).

(1) Del parte oficial que el general Mina dirigió al Excmo. Sr. D. Gabriel de Mendizábal en 16 de febrero de 1813 comunicándole la rendición de Tafalla, copiamos el párrafo siguiente en que se hace mención del hecho á que nos referimos:

«Así ha fenecido el sitio de la plaza de Tafalla, y tal ha sido el resultado de su guarnición después de tres años de pacífica posesión, á la que yo jamás pude oponerme por la falta de artillería. Concluida esta operación, he mandado destruir el fuerte y demoler todas las obras de fortificación, así como también un convento inmediato, que fué de recoletas, y un palacio contiguo, por considerarlos á propósito para establecer guarnición el enemigo. Lo que

A pesar de todo, aun se conservaba en regular estado después de esa terrible lucha; pero desde esta época, el vandalismo de los hombres ha hecho lo que no pudieron conseguir la furia de los elementos y el trascurso de los siglos.

Mirado con una indiferencia criminal por la ciudad de Olite, que le debe toda su importancia; descuidado de un modo vergonzoso por los mismos que hubieran debido ser sus conservadores y fieles custodios, el venerable monumento, en cuyos mutilados muros se lee con caracteres magestuosos la historia de un reino, ha sufrido toda clase de profanaciones. Algunas partes de él han sido destruidas para reparar casas, levantar tapias, ó empedrar calles, y otras utilizadas para bodegas ó estercoleros.....

Al recordar tan escandaloso abandono, el rubor asoma á nuestro rostro y la indignación detiene nuestra pluma, que si dejáramos correr estamparía frases y calificaciones merecidas, pero inútiles ya hoy.

El general Mina, al incendiar el palacio de Olite, cometió un acto que todos los amantes del arte y de la historia deplorarán siempre; sin embargo, le disculpan las duras necesidades de la guerra y el noble deseo de la salvación de la patria, ante lo cual desaparecen todas las demás consideraciones; pero á los que desde esta época vienen destruyéndolo, impulsados únicamente por la codicia y el miserable interés, no hay nada que les pueda justificar.

Triste es decirlo: mientras que en toda Europa se desarrolla más y más el movimiento restaurador, entre nosotros no pasa un día sin que se destruya alguna de esas admirables creaciones de nuestros artistas de la Edad Media. En estos mismos momentos, al paso que en Olite se escucha el estruendo que producen al derrumbarse los magestuosos restos del palacio, en la vecina Francia el Chateau de Pierrefonds, entre otros muchos, resuena con la algazara de los obreros que le devuelven su antiguo esplendor.

¡Venerables ruinas! no recordais sin embargo, como tantas otras, violencias, sangre é injusticias; no habeis sido una amenaza para el pueblo que se estiende á vuestros pies, sino su égida; no simbolizais la opresión y la tiranía, sino que representais la grandeza del pueblo navarro que supo conservar su independencia á través de los siglos, y que solo colocaba la corona sobre la frente de sus caudillos después que estos la habían inclinado ante sus sacrosantas libertades. ¡En nuestro insensato afán de destruir, ni aun hemos dejado que la naturaleza, más compasiva que el hombre, estiende su manto de hiedra sobre esos descarnados flancos, cubriendo nuestra desnudez y ocultando las huellas de nuestro vandalismo!

La grandiosa morada de Carlos el Noble

igualmente he ejecutado con otro convento y palacio de Olite, á fin de tener espedita la carretera desde Pamplona á Tudela y obviar que el enemigo pueda cobijarse.»

está arruinada; difícil es su restauración; pero ya que esta no se emprenda, sepamos al menos respetar y hacer respetar tan venerables restos.

El pueblo que mira indiferente los monumentos de sus pasadas glorias es indigno de ocupar un lugar en la historia, es doblemente criminal cuando el pasado es tan brillante como el del antiguo reino de Navarra.

Día llegará en que España llore y se avergüence de su vandalismo é indiferencia. ¡Quiera Dios que no sea demasiado tarde!»

LA SIMA DE URIZARRA

(RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL)

I.

En la noche del 8 de mayo de 1835 dos oficiales jóvenes de caballería abandonaron el gran portalón del teatro de la Cruz de Madrid, y uno en pos de otro sin hablar una palabra se dirigieron á uno de aquellos modestos cafés inmediatos, donde algunos viejos jugaban una partida de mus y otros se entretenían en oír al que, en un rincón y arrimado á la luz de un enorme quinqué, leía noticias de la guerra.

Tomaron asiento en una mesa aislada, lejos de los grupos, y uno de ellos exclamó:

—Ahora, di lo que quieras, te escucho.

—Mi resolución es firmísima, contestó el otro, ya conoces mi carácter; Carmen ha de ser mi esposa; pese á quien pese.

—Y yo te juro con toda mi alma que pienso de la misma manera: Carmen será mía ó de nadie.

Ambos callaron por algunos segundos.

—Es una rara casualidad que pone el demonio por medio de los dos: ¡quién lo dijera! y di, ¿has hablado á Carmen de ese amor?

—No; precisamente lo había dejado para consultarlo contigo y decirselo después; ¿y tú?

—Me encuentro en el mismo caso; tú ibas á ser mi consejero en este asunto; ¡es casual!

—¿Y qué hacemos?

—¡Qué sé yo! mi cariño es ardiente, sincero, irrevocable.

—Yo tengo á mi vez todas mis ilusiones y mis esperanzas en ella.

—¿Y cómo lo has tenido callado tanto tiempo?

—Eso mismo te pregunto yo á tí.

—Si ella decidiera.....

—No me conformaría yo.

—Ni yo tampoco.

Ambos volvieron á callar por algún rato. —Entre nosotros no cabe un duelo, dijo el más joven; un cariño fraternal nos ha unido siempre; además, los resultados de semejante acto alejarían acaso eternamente al vencedor de su camino.

—No, no pienses en eso; yo no puedo batirme contigo.

—Retirémonos á nuestra casa y piense cada cual en la mejor manera de arreglar

esta dificultad; mañana exponremos nuestros respectivos planes.

—El mío está ya expuesto; necesito el amor de Carmen, ni más ni menos.

Y al concluir estas palabras se levantó, dirigiéndose á la puerta del café; su compañero le siguió.

Poco después estaban sentados á la mesa en un cuarto principal de la calle Mayor.

Cenaron sin hablar una palabra; después fumaron algunos cigarrillos, y en una espaciosa alcoba donde había lechos idénticos se acostaron.

A los diez minutos uno de ellos roncaba; el otro se mantenía medio sentado, con la cabeza apoyada en una mano y contemplando á su compañero.

De pronto se incorporó, tomó su ropa, se vistió, y aproximándose á un velador, empezó á escribir.

Primero redactó una carta muy detenida; después escribió otra de muy pocos renglones.

Se volvió á acostar y oyó durante toda la noche, mientras cavilaba, los ronquidos de su amigo, hasta que al primer resplandor del alba se volvió á vestir y llamó á su asistente. En una hora arregló precipitadamente dos baules, púsose un traje de paisano, y dando la mano al asistente, que le contemplaba asombrado, le dijo:

—Adios, no despiertes á D. José hasta la hora de costumbre; tú vuélvete esta tarde al cuartel; toma, bebe á la salud de tu amo, y hasta la vista.

El asistente tomó algunos duros que su amo le alargaba y contestó:

—¡Pero D. Pablo! ¿se puede saber qué ocurre?

—Nada, hombre, nada; tengo que hacer una expedición repentina.

—¿Y vuelve Vd. pronto?

—Allá veremos; mira, ve á buscar un gallego y que lleve estos baules á la administración de la calle de Alcalá.

Después se embozó en su capa y salió. Su compañero continuaba roncando.

II.

Pablo Utiel y José de la Mata eran dos jóvenes extremeños que, educados en una misma familia, en un mismo colegio y en idéntica carrera, habían pasado juntos todos los años de su vida. Utiel tenía veintiocho años, José de la Mata treinta, y ambos eran tenientes de un regimiento de húsares.

Ni el más mínimo disturbio alteró su fraternal consorcio, y jamás inició uno un pensamiento que el otro no aplaudiera y secundara.

En Madrid frecuentaban, entre otras reuniones, la de un opulento paisano suyo, D. José Alcedera, cuya hija, Carmen, era un acabado ejemplo de esa belleza meridional, cuyos tipos no tienen rival en ningún otro país del mundo.

Carmen había conocido y tratado en Estremadura á ambos jóvenes, y cuando ya cum-

plió veinte años, al trasladarse á la corte, y al volverlos á encontrar, notó en ambos repetidas indicaciones mudas de cariño, pero sin que de parte de ninguno de ellos oyerá otra declaración ni otras palabras que las que la amistad y la antigua confianza permitían.

Una noche Pablo, acosado por la imposibilidad de resistir más tiempo su pasión, determinó consultar la mejor manera de hablar á Carmen con su compañero José, de quien, como amigo y casi hermano, esperaba sincera ayuda y prudente consejo.

José por su parte aguardaba á que cualquiera ocasión propicia le ofreciera ocasión de decir casi en un día á su amigo y á su amada lo que con harto sentimiento conservaba guardado.

En el teatro de la Cruz se daba una brillante función, á la que ámbos acudieron, y muy pronto pudieron ver en una de las butacas á Carmen, que, acompañada de su padre, recibía continuados obsequios de varios jóvenes y amigos. Recayó sobre ella la conversación, y en un intermedio Pablo esplicó á su amigo su secreto.

José quedó mudo de asombro, y repuesto al fin, contó á su vez á Pablo cuánto era lo que por Carmen sufría.

Después salieron; el lector sabe ya lo que sucedió aquella noche.

III.

A las once de la mañana despertó su asistente á José de la Mata, que era el que roncaba; al abrir los ojos los dirigió instintivamente á la cama de su amigo, y no viéndole gritó:

—¡Pablo!

—El asistente entró respondiendo:

—Ha salido esta mañana muy temprano.

—¿Cómo!

—Sí, señor, se ha llevado sus baules y ha dejado para Vd. esta carta.

José dió un salto sobre la cama, cogió la carta y leyó:

«Querido Pepe: Un abismo nos separa; Carmen ha de ser mía, y esto no puede suceder mientras ámbos vivamos; he tomado mi resolución: mis amigos del ejército de don Carlos me esperan; allá me tienes; vente á la guerra en cualquier regimiento y veremos quién de los dos perece; procura no encontrarte conmigo, porque yo no he de matarte nunca. Adios, triste es pensar, hermano mío, que ya no nos volveremos á ver.

Lleva esa carta que dejo escrita á Carmen; de tu caballerosidad lo espera

PABLO.»

—Siempre he tenido yo á Pablo por un sábio, dijo tranquilamente José cerrando la carta; he aquí una manera de arreglar el negocio que á mi no se me hubiera ocurrido nunca. Tiene razón, es preciso ir á Vizcaya; la muerte al fin es una felicidad, porque queda el espíritu descansado; la victoria y Carmen son otra felicidad también; es decir, que de todos modos el camino de la guerra es el de la felicidad.

—Después, tomando la carta para Carmen, continuó:

—¡Oh qué cosas habrá puesto aquí mi amigo! Es todo un portento en eso de discurrir; hoy se la entregaré, si, porque el no hacerlo sería una felonía; ante todo, Pablo es mi amigo predilecto, mi otro yo. ¡Rara casualidad! ¡Pero, en fin, ello dirá!

—Veinte días más tarde, José despedía en traje de marcha á su hermosa Carmen.

—Ya lo sabes, le decía; tú ó ninguna, tú ó la muerte; allí estará Pablo pensando lo mismo; Dios decidirá en este negocio extraño.

Carmen no contestaba; la carta de Pablo y la despedida de José le habían costado las mismas lágrimas; los quería como á sus hermanos, y al pensar que aquel cariño había pasado en ellos á ser una violentísima pasión, se enloquecía sin saber qué partido tomar.

En vano procuró distraerse; su idea continua, su tormento perpétuo fué el pensar en la suerte de aquellos dos hombres.

IV.

Un año más tarde, y ya bien adelantado el otoño, el tristísimo valle de Peñacerrada presenciaba el encuentro de dos valientes ejércitos de hermanos que vertían su sangre en pró de dos opuestas causas. Las montañas repetían con sus ecos el ruido de los cañonazos de la plaza y del castillo, y en los intervalos del infernal estruendo solo se oían las confusas voces de mando, los gritos de los combatientes y los ayes de los heridos.

Un escuadrón de húsares que cargaba frenéticamente hácia el castillo por las cercanías de Urizarra se internó demasiado entre los fuegos enemigos y fué rechazado y casi disperso. Entre los caballos caídos, é imposibilitado para moverse, quedó José de la Mata, mientras que los muchachos de un batallón de alaveses barrián á la bayoneta cuanto hallaban por delante.

Pasaron sobre él sin reparar si estaba muerto ó vivo, y al cabo de algunos minutos oyó que el ruido del combate disminuía y que el castillo y la plaza tiraban los últimos cañonazos. Empezaba á anochecer; José levantó poco á poco su cabeza, y al ver que todo movimiento había cesado, haciendo colosales esfuerzos procuró salir de debajo del cadáver de su caballo, sobre el cual yacían empapados en sangre otros dos más.

Y en medio de su faena, sintió que alguno se acercaba, por lo cual volvió á quedar se inmóvil sobre el suelo.

El que se aproximaba tardó más de un cuarto de hora.

Al fin tomó entre sus manos la cabeza de José, la contempló un rato, y cuando este abrió sus ojos atemorizado vió á Pablo, que al reconocerle besaba su frente con frenesí.

—¡Me lo decía el corazón! He conocido tu regimiento y me ha asaltado la idea de que podías haber quedado en el campo. Pepe del

alma, dijo el oficial carlista haciendo grandes esfuerzos para ponerlo en pie, mientras José sentía deslizarse por sus mejillas dos gruesas lágrimas, espontáneamente brotadas cuando quiso articular la palabra ¡Gracias!

—Ven, ven, yo te ocultaré, yo te ocultaré: no sufrirás los horrores de la prisión; ven, ocultémonos unos días y te salvarás; añadió Pablo arrastrando consigo frenéticamente á su amigo hácia la ladera de la montaña y teniendo que saltar á menudo sobre cadáveres y despojos.

Y uno tras otro se deslizaron por aquellas sinuosidades que había detrás del castillo, hasta llegar á una abertura de la roca, donde arrastrándose entró Pablo, invitando á José á que le siguiera. Cuando hubieron entrado volvieron á sonar algunos tiros y se oyeron múltiples gritos. Pablo continuó caminando en la oscuridad, y al llegar á un punto anchuroso se detuvo; después sacó un eslabón y una piedra y encendió un cabo de vela.

José miró en torno suyo; aquello era una enorme cantera cubierta, donde las puntas y cortaduras de la roca formaban imponentes y raras figuras.

—Aquí me escondieron á mí mis compañeros, dijo Pablo: todo esto es para mí muy conocido; nadie podrá encontrarte.

—Aun de esta manera tan triste, ¡qué felicidad es para mí la que siento al verte! contestó José tomándole en sus brazos. Dí, ¿qué tiros serán los que se oyen, se habrá trabado de nuevo el combate? Parece que suenan sobre nuestras cabezas.

—Precisamente así es; el castillo está sobre nosotros, esta es una de sus más profundas; pero no temas, será alguna pequeña refriega de las mil que cada noche tenemos; perdóname José, si te hago una pregunta.

—Sí, sí, la espero; quieres hablarme de Carmen.

—Perdóname, te digo; es una idea que no se aparte de mí.

—Cuando la vi por última vez estaba hermosísima.

—¡Oh, ya lo creo! ¿te habló de mí?

—¡Pablo!

—No puedo prescindir de preguntártelo; ¿la amas aun?

—¡Por qué nos hemos encontrado! ¿Por qué no me has dejado que me cojan prisionero y que me fusilen? Todo es preferible al dolor que me causan tus preguntas.

El ruido de los tiros aumentaba; sobre las cabezas de los jóvenes se sentía una verdadera tronada; toda la roca parecía que vibraba y que se estremecía.

—Dí, continuó José, ¿estamos aquí seguros? ese estruendo.....

—Nada temas; el estruendo continuará y se acabará también.

—Tengo sed y hambre.....

—Todo lo he previsto: mi saco de campaña tiene provisiones para rato, espera.

Pablo se separó y fué á recoger la capa y el saco que había dejado á algunos pasos del sitio en que se hallaban.

De repente una trepidación terrible movió aquellas informes masas de piedra; la luz se apagó, un prolongado estruendo se dejó sentir y el pavimento entero se conmovió como si toda la montaña hubiera caído sobre él.

—¡Pablo! ¡Pablo! gritó José asustado y procurando abrirse paso por entre el montón de piedras que encontraba por todas partes.

Pablo no contestó.

José gritó cien veces más.

Nadie contestó.

Y al fin, rendido de dolor y de fatiga, cayó sobre las piedras con la idea de no poder ver más el nuevo día.

Pasaron diez y seis ó veinte horas, al cabo de las cuales José abrió los ojos.

Vió luz; allá á treinta metros sobre su cabeza había un ancho boquete que formaban las piedras.

En torno suyo había enormes trozos de roca amontonados: se percibía un fuertísimo olor de pólvora. El joven se incorporó y volvió á gritar. Nadie contestó.

Después examinó la sima y se puso á trepar por entre las piedras, consiguiendo al cabo de desesperados esfuerzos y peligrosos asomarse á su boca. Numerosos pedazos de roca la rodeaban; el monte estaba silencioso; dos cadáveres despedazados había medio colgando sobre el abismo.

—¡Ah! exclamó, no he de salir de aquí sin saber lo que ha sido de Pablo; es preciso que yo abrace sus queridos despojos; ¡pobre hermano mio!

Y se dejó descolgar por entre las piedras, resbalándose á gatas hasta llegar al fondo.

Allí se puso á observar; las rocas acinadas llegaban en unos puntos al techo y en otros dejaban grandes boquetes por donde podía pasarse al otro lado. El joven saltó por uno que había en la dirección que llevó Pablo. Nada encontró, y palpando en la oscuridad caminó á la ventura en medio de continuos tropiezos.

Así anduvo un cuarto de hora yendo y viniendo en un estrecho ámbito de pocas varas.

Iba á salir desesperado al puesto de donde partió, cuando al apoyarse para saltar se corrieron las piedras y dejaron un trecho descubierto. Al apoyarse de nuevo en el suelo dió un grito; había tropezado con un cuerpo inerte.

Allí estaba Pablo.

Quitó las piedras que le rodeaban, cargó con su querido amigo y salió á lo profundo de la sima que alumbraba la abertura.

Pablo tenía toda la cabeza llena de sangre: pero aun le latía el corazón.

José le envolvió en su capa, le limpió su enorme herida y procuró con sus brazos y con su calor reanimar aquel cuerpo desfallecido. Al fin Pablo exhaló un quejido y abrió los ojos:

—¿Dónde estoy? dijo.

—En mis brazos, Pablo, animate, contestó su amigo, mirándole como á un niño y sonriendo.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, la montaña se hundió; vivimos ámbos de milagro.

—¡Ah! habrán volado el castillo.

—Es verdad; hé aquí lo que á mí no se me ha ocurrido.

—¿Podremos salir?

—Si tú puedes caminar, sí; si no, nó.

—Es imposible que yo me mueva, estoy postrado.

—Es que has perdido mucha sangre; ¿qué haremos?

—No lo sé; ignoro lo que sucederá en Peñacerrada y temo que si sales te cojan prisionero.

—Aguardaremos al anochecer.

—¿Dónde estaba yo?

—Qué se yo. Allá entre un monton de piedras.

—¿No has encontrado junto á mí la capa y el morral?

—No he hecho caso.

—Pues vete, que en el mismo sitio estarán.

Allí estaban en efecto. José se fortaleció completamente con alguños bocados y algunos sorbos de vino, vendó con unos pedazos de su camisa la cabeza de Pablo y le hizo beber tambien, aun contra su voluntad.

Durante el dia volvió á desfallecer dos ó tres veces.

Cuando anocheció y por la abertura de las rocas se distinguieron algunas estrellas, empezaron á trepar; pero desistieron de su propósito al ver que Pablo se desvanecía con aquel movimiento.

Otros dos dias pasaron en la sima.

José encontró un consuelo supremo al hallar entre el forro de su levita algunos cigarros deshechos, que fumó con avidez, Pablo mitigó sus dolores pensando en Cármen.

Una hermosa noche de luna salieron por fin; ante ellos se elevaba el espectro del castillo roto por cien partes y despidiendo pausadas columnas de humo negro de entre los escombros que aun tenia dentro.

Nadie se veía por allí.

Los dos amigos se sentaron á descansar en una piedra.

Pablo fijó sus ojos en la luna y permaneció estático un gran rato. José le contemplaba.

—¿En qué piensas? le preguntó.

—Por qué no te lo he de decir; pienso que esa misma luna que estamos mirando la verá tambien Cármen desde su cuarto y....

—Y por consiguiente dile que le dé expresiones, añadió José dando á su amigo una palmada en la espalda.

—¿Sabes que me ocurre una idea? dijo este levantándose.

—Habla.

—Me horripila lo que nos sucede; Dios se empeña en que cada vez tengamos mayores títulos para querernos y cada vez veo yo más imposible el que realicemos ámbos esa soñada felicidad; somos muy desgraciados José; detrás de nuestra amistad está nues-

tro odio de rivales; concluyamos de una vez; mañana en un lugar solitario nos bati-mos á muerte.

José se echó á reir y contestó:

—Veo que aun no tienes sana la razon, Pablo; precisamente te iba yo á proponer todo lo contrario; esta guerra me causa horror, no me parece propia de hermanos ni de hombres; mañana romperé mi espada y marcharé á Francia. ¿Quieres venir conmigo?

—Pero esa resolucio no arregla....

—Dios lo arreglará, escribiremos á Cármen y ella decidirá.

—¡José! ¿á eso ha venido á parar tu amor?

—Pablo, te debo la vida y haré con gusto ese sacrificio si no soy el agraciado.

—¡Y eso me lo dices tú, que acabas de salvarme!

Ambos jóvenes se abrazaron; despues, resbalando por aquellos escabrados riscos, caminaron en silencio.

Pablo guiaba. A las diez de la noche entraban en una modesta casa del publicito de Loza, donde les dieron cariñosa hospitalidad.

V.

—Lee, hija mia, y Dios nos dé resignacion para sufrir tan tremenda noticia, decia un dia de los últimos del mes de noviembre D. José Alcedera á su hija alargándole un número de la *Gaceta* de Madrid.

—¿Qué ocurre, papá?

—Nuestros buenos amigos Pablo y Pepe...

—¿Qué?

—¡No existen ya, hija mia!

Cármen dió un grito y cayó sollozando en brazos de su padre.

La *Gaceta* decia: «Entre los muertos ó desaparecidos en el ataque último de Peñacerrada que citamos dias pasados debimos indicar al teniente de caballeria don José de la Mata; y segun partes relativos á los prisioneros cogidos despues, tambien habia desaparecido en las filas carlistas el comandante Pablo Utiel, oficial desertor á quien ligaban estrechas relaciones con el primero.»

Cármen se acostó indispueta aquel dia; una semana más tarde sucumbia victima de un ataque cerebral ocasionado por el estupor y anonadamiento en que habia caido. Cuando la amortajaron encontraron debajo de su almohada una carta de Pablo y dos ó tres de José.

VI.

Los jóvenes, despues de algunos dias de permanencia en Loza, huyeron á Francia.

José escribió á Alcedera una estensa carta, de la que no obtuvo contestacion.

Y trascurrió más de año y medio, sin que los jóvenes tuviesen de él ninguna noticia.

José, perfectamente disfrazado, vino al cabo de ese tiempo á Madrid y allí supo el triste fin de su incomparable amiga.

Alcedera se habia retirado á llorar su desventura al pueblo que le vió nacer, y allí fué donde el jóven oficial tuvo el dolor

de sorprenderle con su presencia y de oírle referir la historia de los últimos momentos de Cármen.

José se sentia violentado en aquellos lugares, que tan caros recuerdos tenian para él.

Vendió sus ricas propiedades y partió para Francia, donde se dedicó á vivir tranquilamente en compañía del escelente Pablo, en una pintoresca posesion que adquirió á orillas del mar, cerca de Burdeos.

Hace cuatro años, al visitar la costa francesa, me invitaron á tomar parte en una reunion de españoles que presidía un anciano poeta y pintor á la vez.

Bien pronto simpaticé con aquel hombre, á cuyas instancias debí el quedar en su casa por espacio de una semana para completar un álbum de paisos marinos.

En ese tiempo noté que todas las mañanas mi amigo descendia al jardin y se arrodillaba un rato ante un pequeño monumento de piedra que las acacias y los tilos sombreaban. En aquel monumento habia las siguientes inscripciones:

Cármen... 1836.

José..... 1858.

Pedí al anciano esplicacion de lo que aquello significaba, y me contó lo que el lector acaba de saber.

D. Pablo Utiel vivia con sus queridas memorias de lo pasado y entretenia el presente con los incomparables goces de la literatura y del arte.

RICARDO BECERRO Y BENGOA.

EL HERIDO EN LA GUERRA.

(¡HORRIBLE GUERRA!)

—¿Está enfermo?

—Sí, señora,

postrado en el lecho está.

—¿Y qué tiene el pobrecito?

Que le hirieron en Sedan, y desde entonces no ha vuelto, no ha vuelto á salud cabal.

—¿Es jóven?

—Hacia los veinte

que frisa, dicen, su edad.

A la guerra le llevaron,

fué valiente si los hay,

y es en su pena cruenta

sufrido como el que más.

—Parece que se incorpora.....

Se despertará.....

—No tal;

la fiebre que el cuerpo abate

su espiritu sostendrá.

—¿Cuál se agita!

—Es que delira.

—¿Y qué dice al delirar?

—Dice que á su anciano padre

las fuerzas le faltan ya,

y el campo que á la familia

daba bendecido el pan,

sin el apoyo de su hijo

no puede ya cultivar.

Dice que su buena madre

por su vida llorará,
que es vida de su alma, y su alma
duelese de su horfandad.

Y, en fin, tales cosas dice,
con tal sentimiento y tan
apenado el pecho tiene,
que nadie oírle podrá
sin que compasivo sienta
las lágrimas asomar.

—¡Infeliz!

—¡Oh, sí! lo es tanto....

—¿Como este hay muchos?

—Los más,
de sus deberes patrióticos
nobles víctimas.

—Tomad,
dad á los pobres heridos
mi consuelo con la paz.

Mírales como á hijos tuyos,
Virgen Santa del Pilar.

Lo que la guerra deshizo
rehaga la caridad,

y la sangre generosa,
que bastante corrió ya,

que no se vierta á torrentes,
que no se derrame más.

—Dios os lo premie, Señora.

—Señora, con El quedad.

SILVERIO FALCON.

ACTUALIDADES.

Han cesado los festines.

La cuestión de empleos sigue preocupando en los círculos políticos de Madrid; pero donde más se fija la atención es en los colegios electorales.

El sufragio va á resolver el oscuro problema del porvenir de nuestra patria.

Si el gobierno triunfa, sacará de las urnas la fuerza que necesita para vivir, y consolidándose la dinastía, imperará la Constitución revolucionaria, hasta que algún general afortunado se canse de ella.

Si es derrotado... ¿qué sucederá?

Hé aquí lo que se preguntan todas las clases de la sociedad; hé aquí lo que nos preguntamos los que vivimos del trabajo, de la paz y del orden.

Este problema ¿para qué negarlo? asusta.

Los partidos han aceptado la lucha: hasta los que consideramos el parlamentarismo como el único origen de las desdichas que lamentamos vamos á hacer el último esfuerzo. Si la legalidad se respeta por todos, es muy posible que los hombres de la situación hallen enfrente dos partidos poderosos: su triunfo, según el dogma constitucional, podría destruirlo existente, y no sería extraño que al final del combate electoral empezase un período de fuerza.

Esto, que sería en extremo doloroso, vendría sin embargo á demostrar todo lo que tiene de ficticio y de elástico ese sistema que se dice fundado en la soberanía nacional espresada por las mayorías.

De cualquier modo, estremece la idea de lo que puede acontecer si las oposiciones salen triunfantes de las urnas.

Pero, ¿acaso no es también dolorosa la

enfermedad que consume las fuerzas de la nación?

Se dice que los sistemas son buenos, que los hombres son los malos.

Algo hay de esto; pero por lo mismo es preciso buscar el sistema menos tentador.

Ni la Hacienda se salvará, ni habrá orden, ni habrá libertad, ni por consiguiente se desarrollarán la industria y el comercio, ni florecerán las ciencias, ni las artes, mientras esté por un lado abierta la puerta á todas las ambiciones audaces y por otro se hallen los ministros asediados noche y día de pretendientes y tengan que pagar con empleos, con fracciones del presupuesto la importancia que tienen.

Y desengañense los progresistas, los demócratas, los unionistas, los conservadores liberales, los moderados y demás partidos doctrinarios; el día en que cierren la puerta á las ambiciones; el día en que digan á los que siguen sus huellas: «Para vosotros no hay puesto en el festin;» el día en que sus ministros rompan los libros de recomendaciones, echen al fuego los legajos de notas en que les piden desde el humilde estanco hasta la gran cruz; el día en que, poniendo una valla á esa invasión de aspirantes al presupuesto, quieran encerrarse en su despacho á trabajar, á hacer algo por el país... ¡oh! ese día, mueren esos partidos que se alimentan de la esperanza de goces á cambio de sacrificios que hacen unos cuantos infelices, para que suban otros sobre sus hombros.

Decía el desdichado general Prim cuando conspiraba: «Que encierre el gobierno las tropas en los cuarteles durante veinticuatro horas y yo respondo de mi triunfo.» Nosotros podíamos decir á los partidos enunciados: «Haced unas elecciones sin dar una sola credencial, sin remover expedientes, sin aprovechar las flaquezas de algunos electores, y siempre que logreis más de una docena de diputados, somos capaces de reconocer como saludables vuestras teorías, que afortunadamente hemos podido conocer á tiempo para no aceptarlas.»

Y sin llevar la gente á los talleres, al campo, al trabajo; sin destruir esa especie de Bolsa política en la que á fuerza de empleos ó de persecuciones viven algunas personalidades, ni se salva la Hacienda ni se salva el país.

Resulta, pues, de estas consideraciones, asunto predilecto hoy de todos los hombres pensadores, que lo existente es insostenible y que lo que puede venir no ha de llegar sin una gran conmoción.

Por lo mismo es preciso pedir consejo á la conciencia, solo á la conciencia, estrechar las filas, creer, tener fé en las ideas y luchar por ellas, y si es preciso morir por ellas.

Llevamos muchos años viviendo provisionalmente: la política es la perturbación; bulle en Madrid, aquí lo agita todo y lo seca todo; en momentos como los que se aproximan lleva la conmoción á los pueblos, enciende las pasiones, ilumina con

la tea de la discordia hogares y pueblos donde el sol de la paz debía dorar los frutos del trabajo. De nada sirve que nos retiremos del campo de batalla: el vecino pacífico vive al lado del que se agita por la pasión política, y la bala traidora dirigida á este puede matar á aquel. Por otra parte, las conmociones políticas paralizan la verdadera vida de los pueblos; el dinero se esconde, falta el trabajo, la miseria se estiende, y el que no ha querido meterse en nada sufre las consecuencias de su abstención. De su abstención, si, porque su silencio ha alentado á los revoltosos, estos se han impuesto, han ganado la fuerza que aquellos han perdido... y ya lo hemos dicho muchas veces: los pueblos tienen lo que merecen.

No hay que hacerse ilusiones; para los partidos medios, para los que quieren estar bien con Dios y con el diablo, para los contemporizadores ha llegado el último período: la juventud, con ese poderoso instinto de conservación, avanza impetuosa, y la juventud no es ecléctica, la juventud es republicana ó es monárquica pura y quiere para España ó la vida de los Estados-Unidos de América ó la vida de esas dos grandes naciones Prusia y Rusia, donde solo son esclavos de la ignorancia los pocos que no saben leer y escribir, donde no hay política pero hay gobierno, y hay ciencias y artes y civilización.

JULIO NOMBELA.

NOTICIAS.

La *Gaceta* ha publicado el siguiente decreto:

«Artículo 1.º Se suspenden las elecciones de diputados provinciales en las provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, convocadas para los días 1.º, 2, 3 y 4 de febrero próximo.

Art. 2.º Las diputaciones forales continuarán desempeñando con arreglo á las leyes las atribuciones que las mismas confiere á las diputaciones provinciales.

Art. 3.º Las diputaciones forales de las tres provincias, con presencia de la ley y de sus fueros y comparando unas prescripciones con otras, expondrán al ministerio de la Gobernación, en un plazo que no excederá de dos meses, las disposiciones de las leyes orgánicas de 20 de agosto último que sean manifiestamente contrarias al régimen foral á que aquellas provincias están sometidas.»

No se puede negar que esta resolución ha sido un golpe de habilidad. Fundado el ministro en el respeto que le inspiran los fueros, y deseando armonizar con ellos la ley, deja las provincias Vascongadas con las diputaciones que hoy tienen y que por su origen representan un contrafuero. La opinión del personaje que publicó *El Imparcial* ha prevalecido, y las actuales diputaciones influirán en las elecciones.

Con esto y con que no se levante el Es-

tado de sitio, pueden quedar agradecidas las provincias á la revolucion de setiembre.

* * *

Los ex-diputados D. Mauricio Bobadilla y D. Ramon Vinader y el señor conde de Canga Argüelles han conferenciado con el ministro de la Gobernacion para pedirle que se levante el Estado de sitio en Navarra y las Provincias.

El Sr. Sagasta, indicando que por un descuido no se habia ocupado el gobierno de esta cuestion, ofrecióse llevarla al Consejo de ministros.

HISTORIA DE UN MINUTO

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuacion)

XXI.

UN HOMBRE DESPERADO.

Jorge habia entrado en una reacion favorable, y el peligro de su enfermedad habia desaparecido.

Pero una profunda melancolia se habia apoderado de su alma.

Rosa le habia asistido con más interés, con más cariño que si hubiera sido un hermano suyo.

Las noches las pasaba en vela y de dia no iba al obrador, porque habia logrado que su maestra le dejase coser en casa.

Al ver en tanto peligro á Jorge se habia convencido de que el sentimiento que le inspiraba no era solo un cariño fraternal: era algo más, bastante más, y como al mismo tiempo que se habia hecho aquella confesion habia medido la distancia que le separaba de ella, no dió cabida en su alma á las ilusiones.

Dispuesta á sacrificarse, lo único que sentia era que Jorge no se animase.

Pasaba horas enteras sentado en el lecho con la cabeza apoyada en las manos, con la mirada fija.

¿Qué pensaba?

Rosa creia tener derecho á leer en su alma, y se desesperaba al ver que no le abria su corazon.

—¿Cómo te encuentras? le decia á menudo.

—Mucho mejor

—Pero estás triste.

—No.

—¿Qué te pasa?

—Nada; me encuentro bien.

Rosa sufría horriblemente.

Cuando ya pudo retirarse á dormir se levantaba una ó dos veces para darle caldo.

Siempre le hallaba sentado en el lecho, siempre pensativo, siempre melancólico.

La ambicion se habia apoderado de su alma.

Habia perdido una fortuna, ó por lo menos la cantidad que habia tenido en sus

manos le habia parecido una fortuna y la habia perdido.

Habia soñado en el amor de Hortensia, habia abrigado la esperanza de ser su esposo y engalanarse con un titulo de marqués, y aquellas ilusiones, aquellas esperanzas se habian desvanecido como el humo.

Hortensia habia faltado á sus juramentos.

Pero ¿habia faltado por haberse estinguído el amor en su pecho?

—No, se decia Jorge. Hortensia me ama, y estoy seguro de ello. Acaso me ama tanto como yo. Pero su madre la habra pedido que me olvide, la habra exigido este sacrificio, fundándose, como todas las madres, en que no constituye la felicidad de sus hijas solo el amor, sino que es necesario que el que pida su mano tenga fortuna, tenga posicion. Si en vez de ser un pobre hubiera podido decirle: «Soy tambien hijo de marqués, puedo reivindicar este titulo, tengo una fortuna, mi posicion es igual á la de Hortensia,» la marquesa me habria aceptado y su hija habria sido mi esposa. ¡Oh! ahora más que nunca siento despertarse en mi alma la ambicion.

No hay sacrificio que no arrostre por poder humillar á esa orgullosa señora que ha destruido nuestra felicidad. Si yo pudiera averiguar... Si yo pudiera saber por qué razon soy hijo de marqueses... ¿Han muerto mis padres y no he heredado sus titulos? ¿Por qué razon ésa fortuna que he de recibir á los treinta años no se me entrega ahora? Si yo descubriese todo el misterio que cubre mi pasado... ¡Oh! si; es preciso tomar una resolucion. Si es un secreto doloroso, tanto mejor; con eso apuraré el cáliz de amargura de una vez; con eso podré saber á qué atenerme. Dios mio, dadme fuerzas, restablecedme pronto para que pueda descifrar el enigma. No viviré, no descansaré hasta saber lo que deseo.

Y, dominado por esta idea, ni agradecia los sacrificios que habian hecho por él Rosa y su abuela, ni adivinaba en la mirada de la jóven toda la ternura, todo el amor que sentia hácia él, ni tenia otro afán que el de rasgar el velo de su nacimiento.

El Sr. Mariano, segun le habia dicho Rosa, podia darle algunos informes.

Pero con su ambicion habia crecido su orgullo, y se avergonzaba ante la idea de tener que ir á una cárcel á pedir la revelacion de aquel secreto á un reo.

Despues de muchos dias de meditacion, cruzó una idea por su mente.

—D. Jacinto debe saberlo, dijo; él es el que debe entregarme mi fortuna; él es el que todos los meses viene á traerme la mezcua cantidad con que cubro mis atenciones.

Y llamando á Rosa:

—Quiero pedirte un favor, le dijo.

—Habla, exclamó la jóven, entusiasmandose ante la idea de que podia servirle.

—Cuando salgas, vé á casa de D. Jacinto y ruégale que venga por aqui.

Rosa comprendió sus designios.

—Esta misma tarde vendrá, añadió,

En efecto; al anoecer se presentó el eclesiástico en casa de Jorge.

Este pidió que los dejaran solos, y sorprendiendo al anciano:

—Es necesario, le dijo, que me revele Vd. la verdad. Es Vd. ministro de Dios, y no puede engañar sin cometer un horrendo pecado. ¿De quién soy hijo?

El sacerdote se sorprendió.

Despues de una breve pausa:

—Es cierto, dijo, que no puedo ni quiero engañar á Vd. Mi carácter rechaza aun esas mentiras necesarias; pero al mismo tiempo mi ministerio me priva hacer las revelaciones que en momentos solemnes y en el tribunal de la penitencia me hacen los que acuden á mí á cumplir los deberes que impone la religion.

—¿Segun eso, mi origen es un misterio?

—Un triste misterio.

—¿Ha conocido Vd. á mis padres?

—Sí.

—¿Y no quiere Vd. decirme su nombre?

—Me es de todo punto imposible.

—Pues bien; yo sé que desciendo de una noble familia, que tal vez puedo usar el titulo de marqués.

El eclesiástico se inmutó.

—¡Por Dios! añadió Jorge estrechando sus manos; apiádase Vd. de mí, contésteme Vd. al menos á unas preguntas. ¿Por qué se ocultan mis padres? ¿Han muerto? ¿Tienen motivos para avergonzarse de mi nacimiento? ¿Soy por acaso hijo natural?

—Sí, Jorge, sí, dijo el sacerdote; pero no me pregunteis más; no puedo deciros ni una sola palabra más.

—Basta; todo lo comprendo. No crea Vd. que esa declaracion me ha hecho daño; al contrario, me ha tranquilizado.

Hubo una breve pausa.

—Me siento fatigado, dijo Jorge, desearia dormir.

Don Jacinto se despidió.

Apenas salió de su cuarto, Jorge sintió necesidad de llorar, y lloró.

Despues, tranquilizándose:

—Podria acabar de una vez con mis sufrimientos, se dijo; pero no, no debo, no quiero. Yo lavaré la mancha de mi origen.

Es necesario que parta inmediatamente de Madrid. Ese empleo que he despreciado puede abrimme de nuevo las puertas de la fortuna. Yo no sé lo que haré; pero me siento con ánimo para luchar, y solo cuando sea poderoso, volveré á humillar á esa aristócrata, que me ha despreciado, á demostrar á su débil y tornadiza hija que ha tenido la felicidad en sus manos y que la ha dejado escapar. No quiero nada de los que me han dado el sér; que conserven esa miserable pension con que cautelosamente han inspirado mis sospechas; que gasten esa fortuna con que me brindan á los treinta años; yo los desprecio.

Aquel dia se mostró más sosegado, más amable que los anteriores.

Al dia siguiente pidió permiso al médico para salir.

Lo obtuvo, y no pudo menos de pasar por delante de los balcones de Hortensia.

En la calle del Desengaño encontró á la criada que le servia de intermediaria.

—Señorito, señorito, voy á decir á la señorita Hortensia que le he visto á Vd.

—Es inútil.

—Está muy afligida, y de seguro me dará alguna carta para Vd.

A su pesar esperó Jorge.

La doncella volvió, en efecto, con una carta muy concisa.

«Sé que ha estado Vd. enfermo y lo siento en el alma.

»He obedecido á mi madre obedeciendo á la razon, pero mi corazon me dice que espere.

»¡Animo y confie Vd. en mí!»

Esta epistola, escrita á impulsos de un sentimiento de piedad, propio de la inesperienza de la jóven, que llegó á creer que Jorge se moriria si no le daba aquella esperanza, decidió más y más á Jorge á realizar su propósito.

Lo primero que hizo fue visitar á don Meliton.

—Acepto el empleo, le dijo, y voy á partir inmediatamente para Fernando Póo.

D. Meliton le dió una carta muy espresiva para el vizconde de San Javier, que por entonces desempeñaba en aquella colonia las funciones de jefe de la Hacienda.

Aquella noche volvió temprano el jóven á su casa.

Se proporcionó algunos recursos, logrando milagrosamente que su amigo Luis le devolviera los quinientos reales que le habia prestado el dia de su triunfo, y lo dispuso todo para partir á la mañana siguiente.

Encerrado en su cuarto, escribió dos cartas.

Una á Hortensia en la que le decia:

«Espéreme Vd.»

Otra á Rosa:

«He sabido que no tengo derecho á usar el nombre de mis padres, le decia; estoy avergonzado de haber vivido á sus espensas tanto tiempo.

»Voy á partir muy lejos. Lo siento por tí, que has sido más que una hermana para mí.»

—¡Pobre Rosa, dijo; cuánto va á sentir mi ausencia!

¡Me quiere tanto, y es tan digna de ser feliz! ¡Oh! si yo pudiera... dijo de pronto, si yo...

Cruzó una idea por su mente, una idea que cayó sobre su corazon como una semilla.

—¡Bah! se dijo: ella será feliz sin mí.

Y prosiguió la carta.

«Pide á la Virgen que me ampare, que me proteja, y si conoces á mis padres dile que les perdono, aunque me han hecho muy desgraciado, y que voy á buscar la muerte ó la fortuna. Si consigo lo último, no olvidaré los beneficios que debo á tu familia. Si lo primero, reza por mí.»

Aquella carta la dejó encima de su mesa dentro de un sobre lacrado, pero en blanco.

La otra la envió por el correo interior á Hortensia.

No teniendo valor para despedirse de Rosa, aguardó á que fuera al obrador.

Poco despues dijo á la anciana:

—Tal vez volveré tarde; no me esperen ustedes á comer.

Y para que no conocieran su emocion, partió inmediatamente.

El tren salia á las ocho y media y eran las ocho.

Media hora despues caminaba en un wagon de tercera con direccion á Tembleque, donde pensaba tomar la diligencia para llegar á Cádiz y embarcarse.

¡El hombre propone y Dios dispone!

XXII.

UNA LLAVE.

Cuando Rosa volvió del obrador, le dijo su abuela:

—Esta tarde vas á tener que quedarte en casa.

—¿Por qué?

—Me ha mandado un recado el Sr. de Lara diciéndome que vaya á verle.

—¿Habrá malas noticias?

—No lo creo. He preguntado al criado, y aunque me ha dicho que no sabia nada, tambien me ha asegurado que la situacion del Sr. Mariano no habia empeorado.

—El caso es que no le he dicho nada á la maestra.

—Cuando vaya á ver al Sr. de Lara me pasaré por allí y le diré que te dispense por esta tarde.

—Entonces, bien.

—No quiero que se quede la casa sola, pudiera venir Jorge.

—¿Cómo no está ya aquí?

—Ha dicho que no vendrá á comer.

—¡Ah! eso ya es otra cosa; entonces comeremos.

Abuela y nieta se sentaron á la mesa, y despues de comer se quedó sola Rosa.

—Abuela, abuela, dijo en el momento en que la anciana cerraba la puerta despues de haber salido.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Rogamos á los suscritores que renueven cuanto antes su suscripcion. Los que no deseen continuar se servirán avisarlo, tomándose la molestia de escribirlo á la administracion, pues está visto que la devolucion de los números no basta, toda vez que se quedan en el camino ó en las administraciones de correos.

CORRESPONDENCIA.

D. J. A. S., de *Moncada*: recibidos los 12 rs. que remite, con lo cual tiene pagado hasta 15 de abril, y se le sirve los números que reclama.

D. B. L., de *Elizondo*: recibida la libranza y queda hecha la renovacion de su suscripcion al periódico hasta 15 de abril. Tambiense le ha suscrito á la novela *Ateos y Creyentes*.

D. J. M. G., de *Irun*: se recibieron los 12 rs. que remite en sellos.

C. Z., de *Zaragoza*: se recibieron los 12 reales que remite en sellos.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año...	48
En Cuba y Puerto-Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).
 PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.
 VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Librería de D. Bernardino Robles.
 SAN SEBASTIAN: Librería de D. I. R. Barroja, plaza de la Constitucion.
 BILBAO: Librería de D. Juan E. Delmas.—Librería de D. Tiburcio Astuy.
 TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.
 HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.